

A E
& I



LA
AMANTE
DEL GHETTO



PEDRO ÁNGEL PALOU

Pedro Ángel Palou



La amante del ghetto

Diseño de portada: Liz Batta
Fotografía de portada: Óscar Fragoso
Retoque de fotografía: Adolfo Huitrón
Fotografía de águila nazi: © Stephen Mulcahey / Dreamstime.com
Fotografía del autor: © Gabriela Bautista
Diseño de colección: © Compañía

© 2013, Pedro Ángel Palou
c/o Guillermo Schavelzon & Asoc. Agencia Literaria
info@schavelzon.com

Derechos reservados

© 2013, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, 2o. piso
Colonia Chapultepec Morales
C.P. 11570, México, D.F.
www.editorialplaneta.com.mx

Primera edición: septiembre de 2013
ISBN: 978-607-07-1810-6

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, México, D.F.
Impreso y hecho en México - *Printed and made in Mexico*

*Para Willie Schavelzon,
así en la paz como en la guerra.*

Advertencia

Todos los personajes de esta novela son seres de ficción, aun los que llevan nombres históricos. Existen en los confines de estas páginas y su similitud con personas reales es una feliz coincidencia atribuible al poder analógico de la literatura.

La posguerra en París en 1947 sí ocurrió con la crudeza que aquí se refiere y los *Nokmim* o vengadores judíos también existieron.

No se sabe a ciencia cierta a cuántos nazis lograron ejecutar en su corta *temporada de caza*.

¿Crees tú también que el sentido de la vida no es otro que la pasión, que un día colma nuestro corazón, nuestra alma, nuestro cuerpo, y que después arde para siempre, hasta la muerte, pase lo que pase? ¿Y que si hemos vivido esa pasión quizás no hayamos vivido en vano? ¿Que así de profunda, así de malvada, así de grandilocuente, así de inhumana es una pasión?

SÁNDOR MARAI

*I and the public know
What all schoolchildren learn,
Those to whom evil is done
Do evil in return.*

W. H. AUDEN

el 1 de septiembre de 1939, día en que
las tropas de Hitler invadieron Polonia

Hashem yikom dam nekiim.

(El señor vengará la sangre de los inocentes.)

Domingo 10 de noviembre, 1946

Múnich

En el tercer piso de un pequeño hotel en el centro de Múnich, en la Brienner Strasse, el hombre revisa por cuarta vez sus papeles. Ha entrado a la habitación apenas media hora atrás con un *Die Neue Zeitung*, el periódico estadounidense de la ocupación bajo el brazo, pero no piensa leerlo, es un parapeto que lo hace mimetizarse en esos días aciagos, cuando todo lo alemán huele a podrido. Lo único que le pasa por la cabeza a esa hora es salir del país lo más rápido posible.

Le agradecería poder volverse invisible antes de abandonar para siempre el espacio vital de su amada Alemania, derrotada e invadida. En ese hotel se había registrado apenas dos días antes con una identidad falsa, provisional, pero segura. O al menos eso es lo que creía. Portaba los papeles de un ciudadano muerto, pero estaba vivo; incluso tenía el certificado de desnazificación con todos los sellos, expedido por el Ministerio del Interior en la Prinzregentenstrasse. La identidad de un empleado de correos nacido tan

cerca del campo de Dachau: eso le habían conseguido y era su única pertenencia. Él había servido como guardia y ascendido en tres años a *Gruppenführer* en Dachau.

Le parecía increíble estar allí, apenas a unas horas del campo de concentración, y no ser reconocido por nadie.

Casi de madrugada tocaron a la puerta de su habitación para decirle que tenía una llamada telefónica. Se dio cuenta de que estaba empapado en sudor; creía que era en realidad el anuncio de su muerte.

El telefonema provenía, en cambio, de un alto funcionario amigo de su padre desde la infancia y parte del llamado grupo Odessa, encargado de permitir la huida de altos mandos de las SS. Era además presidente honorario de la Cruz Roja Prusiana, lo que agilizaba las cosas. Lo citaba en una iglesia a las once de la mañana. «Allí le tendría el encargo de *nuestro mutuo amigo*», le dijo. Luego le proporcionó, también, unas señas de reconocimiento.

Regresó a su cuarto con la ciudad aún a oscuras y se dio cuenta de que temblaba; todo su cuerpo era presa de espasmos incontrolables. Se sentó en la orilla de la cama y probó a respirar pausadamente, intentando recomponerse. ¿Dónde estaba su antigua seguridad, su rigidez a prueba de toda tarea, incluso las que le parecían más deleznales?

¿Dónde estaba el antiguo *Gruppenführer* Kaufmann, un alto rango de las SS, acaso se había desvanecido del todo al asumir su nueva identidad? ¿Cómo era posible encontrarse así, sin protección alguna, él y tantos miles, cientos de miles para quienes no había

ya ningún futuro y cuyo pasado los aniquilaba lenta o rápidamente, según el caso? En las SS le habían enseñado a morir con valentía o al menos con dignidad; aún guarda la pastilla de cianuro por si acaso la ocasión lo amerita. Pero se da cuenta de su verdadera naturaleza: es un cobarde.

Se encontró con el amigo de su padre a la hora indicada en la iglesia de Santa Úrsula, rezaba frente al altar mayor y llevaba, como en las películas, una raída gabardina que no desentonaba con el cielo gris de la ciudad, amenazante como siempre. Fue a hincarse cerca de él en la misma banca, y después de persignarse extendió la mano para recibir el sobre con su libertad agazapada. El viejo parecía compadecerlo, incólume en su condición de noble, de viejo señor feudal aparentemente neutro durante los años del Tercer Reich.

—Ahora estoy a mano con tu padre. Él me salvó en la Gran Guerra, combatíamos en Tannenberg y a mí me habían herido; si no me hubiese sacado de allí a rastras, habría muerto. Siempre esperé la ocasión para devolverle su benevolencia. Cuando estés a salvo busca cómo contactarlo, no desaparezcas del todo: su tranquilidad será también la mía. Espera unos diez minutos a que me retire y luego sal por la puerta lateral. Recuerda que tú y yo nunca nos hemos visto.

Salió de allí desconcertado, con un boleto hacia la libertad y con la noción, cada día más clara, de ser un apestado.

Cómo vino a ocurrir esta derrota.

Dos días después planeaba partir hacia Lisboa vía París; ese era el plan de huida. Caminó por la ciudad

destruida por los bombardeos rumbo a su hotel. La destrucción de la guerra sobre los edificios, pensó, era incomparable con lo ocurrido al *Völk*, al pueblo y al espíritu alemanes. La humillación sería peor que la del Tratado de Versalles; uno a uno irían cayendo todos los sueños del Reich.

¿Será posible salir algún día de esta pesadilla?

En su hotel, sin embargo, mientras revisa el pasaporte falso, se da cuenta de que en realidad lo que lo sobrecoge es el miedo: tanto tiempo tan cerca de la muerte y ahora es cuando siente su proximidad amenazante. Tiembla. El cuerpo no le responde, suda sin calor, tiritita completamente vestido dentro de la cama. El pánico es autónomo, se encuentra fuera de todo control. Pero esto terminará pronto. Piensa si será bueno salir a cenar algo, muere de hambre. Tal vez más tarde, cuando oscurezca del todo, salga a ver qué encuentra cerca. Múnich intenta renacer, maltrecha; pasan los tanques de los ejércitos de ocupación y él no puede manifestar la cólera que le produce verlos allí, en medio de la ruina. Se viste con un traje viejo, luido, que lo convierte de pronto en fantasma, en desplazado de la guerra. Hace tiempo que no se afeita, además, y el cabello también lo tiene desordenado, pero ese desaliño, ese descuido es lo que lo protege de su antigua identidad. La camisa tiene el cuello raído y percutido; lo único que lo delataría serían las uñas, inmaculadamente cortadas y con la cutícula fuera, obsesión juvenil que no puede evitar, sin eso siente que sus manos están del todo sucias, aun a pesar de haberlas fregado con lejía.

Lee un poco, pero tampoco consigue distraerse.

¿No será mejor tragarse la maldita pastilla de una buena vez?

Espanta sus pensamientos como a niños malcriados, incluso da un manotazo como si estuviesen allí, corpóreos, y mejor sale. Pronto encuentra un café que seguramente vivió buenas épocas; pide chucrut, una salchicha y un vaso de cerveza. La bebida fría lo reconforta y lo hace, por un momento, olvidar su pavor. Una calle antes sintió que lo iban siguiendo.

¿Y si me han descubierto?

En la acera de enfrente una curiosa pareja observa al hombre: lo conocen bien, y sí, lo han estado siguiendo por dos días. Han ido con él, sin que pudiese percatarse, a Santa Úrsula y a los cafés donde come. Han calculado sus pasos buscando algún patrón solo para darse cuenta de que Kaufmann no sabe qué hacer, como una rata en un enloquecido experimento que ha perdido por completo la brújula y se golpea con las paredes del antes conocido laberinto de sus propios pasos. Comparan notas, a la espera de que el hombre coma y dé su siguiente paso. Ella, Zofia Nowak, es alta y delgada y en el rostro el sufrimiento no ha logrado desfigurar la belleza, pero la ha endurecido; tiene los ojos grises y conserva cierto porte aristocrático. Él, Shlomo Galatz, es en cambio bajo: no es grueso, pero conserva las facciones y el empaque de un hombre robusto, a él también la guerra parece haberle cobrado la factura. Tendrá apenas treinta años, unos cinco o seis menos que ella, y solo la mirada de niño descubierto en la travesura delata su juventud. Tiene las manos callosas de

un anciano que se hubiese dedicado toda la vida a la labranza. Fue partisano y logró colarse a Palestina casi al final de una guerra que no le escatimó ninguno de sus horrores. Allí conoció a Zofia, en el mismo campo de entrenamiento; los dos pertenecen a un grupo secreto, poco numeroso, de zelotes vengadores. Están allí, en Múnich, con una misión: su único objetivo es ejecutar al *Gruppenführer* Heinrich Kaufmann.

Se hacen llamar *Nokmim* y tienen una única tarea: matar.

Desde antes de los juicios de Núremberg y sus resultados, los apenas veinticuatro altos mandos juzgados allí eran una afrenta a los seis millones de muertos por la guerra. Para este pequeño grupo de vengadores, había que hacer justicia de otro modo: terminar con la vida de aquellos que administraron el Zyklon B, de todos los que hicieron posible esa maquinaria infernal de muerte y destrucción. La organización había empezado un año y medio antes en Bucarest, en los días de Pascua, con los levantados del ghetto de Vilna; Abba Kovner estaba a la cabeza entonces. A esos primeros se les unieron otros y ahora están por toda Europa buscando a sus presas, listos para atacar.

Zofia y Shlomo viajaron de Haifa a El Havre y de allí en tren a Múnich. Kaufmann era el primero de sus blancos, habían decidido que Shlomo daría cuenta del hombre esta vez y ella ejecutaría al siguiente. Pero los dos tendrían que hacer ambas operaciones completas juntos, asegurándose de dos únicas cosas: la ejecución sumaria y no ser descubiertos.

Otros dos planes fallidos que en secreto los *Nokmim* idearon con la Haganá, el grupo paramilitar is-

raelí, fracasaron irremisiblemente: uno de ellos, el más ambicioso, había sido apoyado por el mismo Jaim Weizmann y buscaba envenenar el agua potable de la misma ciudad en la que hoy están Zofia y Shlomo, Múnich, y de Berlín, Weimar, Hamburgo y Núremberg, pero el cargamento con el veneno fue confiscado al arribar el barco a Francia. Quien llevaba la dosis letal, Abba Kovner, fue enviado a una cárcel en Egipto. Con menor frustración se implementó otra misión en Núremberg, en el campo de detenidos de guerra, Stalag 13. El pan para los prisioneros lo proveía una sola empresa, que infiltraron; Arye Diestel, que bien podría haber pasado por ario, se introdujo como *topo* en el lugar, aparentemente como aprendiz. «La medicación», como llamaban al líquido con el que contaminarían los panes, fue llevada al lugar a escondidas y un sábado, aprovechando el cambio de turno, pintaron más de tres mil barras de pan con el veneno. Mil novecientos prisioneros resultaron intoxicados con arsénico y algunos murieron, pero el propio grupo de los *Nokmim* no sabe cuántos aún; más de quinientos, seguro.

Después de una reunión con Weizmann en Haifa, los líderes del grupo decidieron cambiar de táctica: no más ejecuciones masivas, en el estilo repudiado de los nazis; antes bien, blancos específicos, estudiados, venganza certera y despiadada contra los verdaderos verdugos, sin ningún civil involucrado. Por eso ellos están allí ahora, esperando a que Heinrich Kaufmann apure la cerveza barata y salga del lugar. Esta misma noche debe ejecutársele.

La temporada de caza apenas ha empezado.

Y esto es precisamente lo que ocurre. Veinte minutos después Kaufmann deja unas monedas en la mesa, dobla un periódico que se guarda bajo el brazo, alza las solapas de su abrigo y se coloca un sombrero de fieltro para luego salir a toda prisa del café, como alma que lleva el diablo. Shlomo le pega un codazo a Zofia, percatándose de la *huida*, si así puede llamársele, y también con velocidad ellos intentan no perderle la pista sin verse delatados en su persecución.

Lo siguen cautelosos, pero sin dejar de contemplar su extraña silueta.

—Esa barba y ese desaliño... Curiosos en alguien que se rasuraba con tal obsesión cuando ejercía su poder en Dachau —comenta Shlomo, quien pasó en ese campo parte de su desgracia en la guerra y para quien esa ejecución es también un asunto personal.

—Es un disfraz; todos estamos ahora cubiertos de máscaras. Ni siquiera tú o yo usamos nuestros nombres verdaderos más que entre nosotros. Me pregunto si alguna vez recuperaremos nuestras identidades.

Pero la vigilancia de los pasos de un hombre no da para asuntos metafísicos; hay que seguirlo, y eso basta para devanarse los sesos. Cambio de zona, ahora entra a un distrito más exclusivo de la ciudad, Lehel. Dan los tres la vuelta a la esquina y se encuentran en la Wagnmüllerstrasse, casi de frente con la antigua Casa de Arte, ahora club de los oficiales estadounidenses, y el Museo Nacional. En esta parte de la ciudad el estado de devastación de los bombardeos es aún más notorio: buena parte de las antiguas casas residencia-

les están reducidas a ruinas, como un paisaje del infierno. Un oficial estadounidense toma fotos cual si se hallase de paseo; saluda zalamero a Zofia, quien lo ignora. Kaufmann voltea, buscando detrás de sus pasos a alguien que siente que lo sigue, pero Shlomo y Zofia fingen un abrazo de amantes impulsivos y la vista lo calma. El soldado sigue tomando fotos, ahora capta a la pareja trenzada; enfrente, el edificio de la Cruz Roja con sus cuatro pisos y su imponente fachada de piedra del Danubio.

Un hombre con alzacuellos de sacerdote sale por la puerta principal, y después de comprobar que nadie lo mira, le tiende un cartapacio de piel al antiguo *Gruppenführer* Kaufmann; no se saludan ni traban plática alguna.

El sacerdote vuelve a entrar a los cuarteles de la Cruz Roja y Kaufmann apura el paso hacia la derecha. Pocos coches en las calles, alguna motocicleta militar rugiendo veloz y perdiéndose apenas en la esquina. Una tarde fría y gris, con amenaza de lluvia.

Zofia sabe que hoy debe ser el día. Son demasiadas actividades después de cierto encierro: les queda claro que Kaufmann busca salir de la ciudad lo antes posible y ellos están en Múnich para impedirlo, de hecho se hallan allí para asegurarse de que el antiguo SS nunca más pueda volver a mover un dedo.

Es claro que regresa al hotelucho por otro camino, pero ha emprendido la retirada por esta tarde. Lo siguen, quizá con menos cautela porque también a él parece habérsele disipado el miedo y no voltea más en busca de posibles atacantes. Su paso es calmo, como si no quisiera regresar del todo.

Enciende un cigarro, ellos están tan cerca que pueden oler el aroma del tabaco negro al tiempo que lo observan guardar el encendedor en el bolsillo del saco.

A veces ocurre así, que nos confiamos cuando nuestra verdadera suerte está echada.

Se cercioran de que Kaufmann entre a su hotel y uno de ellos queda de guardia. Lo echan a la suerte: es Zofia. Él irá entonces por las pistolas, no iban a estar todo el día armados siguiendo a su presa. No tienen una casa de seguridad como la que les han prometido más adelante, en París; se hospedan en el edificio del Instituto Cultural de Israel en la Herzog-Max-Strasse. Forman parte de una red, es cierto, pero tienen que mantener la fachada, sus historias han de ser creíbles. Han llegado aquí con la ficción de que son unos judíos palestinos recién casados en busca de sus padres, quienes vivían en Múnich hasta 1940, cuando fueron enviados a Dachau. Es Shlomo, sin embargo, quien conoce perfectamente el campo de concentración no muy lejos de allí; pasó en él casi un año hasta que fue enviado a un campo de trabajo forzado. En Dachau conoció a Kaufmann. Ahora, mientras se despide de Zofia, recordándole lo que debe hacer si el hombre sale del hotel y él mismo se aleja del lugar, quisiera espantar el recuerdo del campo, pero le es imposible: vuelven los gritos, las órdenes, la impotencia.

Pero esta tarde sí que puede hacer algo. Cada quien expía sus propias culpas. Él también tiene las suyas, pero no tan pesadas como las de Kaufmann, el muy cínico.

No escaparás, no podrás salir impune de Europa como planeas.

Zofia Nowak se queda en el portal de un edificio desde el que se puede mirar no solo la entrada del hotel en la Brienner Strasse, sino incluso la habitación de Kaufmann encendida y en ocasiones su silueta tras la ligera cortina, yendo y viniendo como un animal encerrado en una jaula.

Y piensa. Qué otra cosa puede hacer mientras espera sino pensar.

Y por pensar le viene también, como a Shlomo, el pasado reciente, cuyo único significado es la cancelación de todo futuro. ¿En qué se ha convertido, se dice, al formar parte de los *Nokmim*? Es una asesina. No es lo mismo sobrevivir, aunque se tenga que matar —como hizo en los últimos días del ghetto en Varsovia cuando ella y un puñado emergieron de las cloacas, literalmente intentando acabar con sus captores en vano—, porque no existe esta premeditación, este planearlo todo *a sangre fría* de ahora. No son ellos los que eligen a quienes ejecutan, es cierto: son soldados al servicio de una causa y lo peor consiste en ponerse a reflexionar sobre ello. Ejecutar, en todos los sentidos de la palabra, esa es ahora su única encomienda. Han hablado ella y Shlomo de sus pasados, claro, han ventilado poco a poco parte de sus historias. Él en Dachau y luego en Treblinka, un judío alemán hijo de un padre sionista que murió en el campo de concentración separado de su mujer, una pianista alemana a quien respetaron un poco más, pero de la que también se deshicieron un día, en otro año, en otro campo. Ella en el ghetto, pero antes solía ser cantante, las penurias

familiares parecidas: los hermanos y la madre muertos en Auschwitz, el padre, enfermo de tuberculosis seis años antes de la ocupación de Polonia, en Varsovia. Ella le dijo lo que podía contar. Las guerras, todas, son estúpidas, terminan con cientos de miles de vidas, con tantas historias posibles. Dos huérfanos en medio de un continente abatido por la orfandad.

Pero ella guarda un secreto. Quizá todos los seres humanos guardamos un secreto, uno al menos, que no nos deja vivir del todo; es tan pesado que parece insoportable y sin embargo amanece todos los días, y el mismo sol sale y se pone sin que le importe un bledo. El de ella es amargo como todas las pasiones, y nadie entre sus nuevos amigos lo sabe. ¡Ellos menos que nadie! La sacarían del grupo de inmediato, se convertiría en una *apestada*, como tantas mujeres que al terminar la guerra acusaron de haber colaborado con los nazis y les raparon el cabello, las violaron y sometieron al más profundo de los escarnios.

Ella no puede pasar por esa humillación, no más. Nadie puede saber su historia, por eso tiene una máscara que se le ha convertido en rostro, y otro nombre. Por nombres nunca ha parado: ¿de cuántas formas se ha llamado Zofia Nowak a lo largo de estos treinta y un años? De nada sirve saberlo.

Algún día yo también encontraré la paz.

Se ha hecho de noche. No llegó poco a poco, oscureciendo; más bien de golpe, como en una mala película. De pronto está aquí la noche. Ella aprovecha para cerciorarse de la luz en la habitación, la puerta de entrada del hotel, la calle vacía de gente y de autos, como si Múnich fuese una ciudad fantasma.

Por lo menos una hora hasta el regreso de su compañero de misión; consulta el pequeño reloj en la muñeca para corroborar el tiempo transcurrido. Han planeado todo hasta el último detalle, cómo entrarán al hotel, cómo lograrán introducirse al cuarto de Kaufmann y los minuciosos detalles de la ejecución misma, que debe realizarse según un estricto protocolo que el grupo ha ideado para que exista, al menos oralmente, un juicio que el sentenciado debe oír para que conozca los crímenes por los que ahora se le condena a muerte instantánea. Pero es la primera vez que Zofia participa en una ejecución; Shlomo ha tenido otro compañero de viaje en estas misiones, hace tres meses. Regresó a Palestina solo para recibir nuevas órdenes e intercambiar cómplice, es una forma de asegurar la discreción máxima de las misiones encomendadas. Aun así saben que se les escaparán muchos, es una guerra contra el tiempo y en la que aparecen desde el principio diezmados en número.

Shlomo Galatz aparece vestido de soldado británico; el uniforme le sienta bien. Lleva un arma oculta en el abrigo y le da otra, menos pesada, a Zofia, una Beretta .22 con silenciador, por si se ofrece o algo sale mal. Ella no debe accionar su arma bajo ninguna otra circunstancia, la lleva como protección.

En un perfecto inglés, el falso soldado pide una habitación solo para esa noche, y a modo de evitar cualquier pregunta, tiende un fajo grande de billetes. Todo se ha reducido a dólares estos días, así que el empleado acepta sin chistar y descuelga una llave, la 37 para más señas. Masculla en alemán las indicaciones para llegar al cuarto y se vuelve a sumergir en

la lectura de una revista de automóviles, no sin antes echarle una mirada a la mujer que el soldado ha encontrado para esa noche. Parece aprobarla con cierta envidia.

Ya en la habitación repasan el plan.

Son las nueve y media de la noche. El *Gruppenführer* Heinrich Kaufmann se levanta del escritorio donde ha vuelto a revisar por enésima ocasión los papeles que son su falso salvoconducto: todo en orden. Mañana mismo tomará el tren a París, donde deberá dejar un sobre que recibió del sacerdote en la Cruz Roja; favor con favor se paga. Va al baño y mea copiosamente, el olor de la cerveza baña el de su orina, amargo. Se mira al espejo para, nuevamente, no reconocerse en el espectro que le devuelve el azogue: la barba de más de una semana, el pelo enmarañado, las ojeras. Los ojos, presas del miedo; son esos ojos lo que más lo aterra.

Se salpica agua en la cara con las dos manos, como si el gesto pudiese borrar el nuevo rostro que le ha salido frente al espejo; no osa mirarse de nuevo y cae, pesado como un anciano, en la cama que a duras penas lo soporta y lanza apesadumbrados chirridos. Todo en ese cuarto es endeble, incluso el foco que cuelga del techo, que más que luz parece solo proyectar polvo; una llovizna como pelusa gris sobre las cosas. Qué lejos la gloria añorada: el tiempo con su padre, cazando en Prusia; los años en las juventudes nacionalsocialistas, el ingreso en las SS, incluso los años en Dachau.

Aquí todo es de medio pelo, mediocre.

¿Será esto lo que me espera en América, días de miseria, soledad y humillación?

Tocan a la puerta. Se sobresalta, apenas alcanza a preguntar quién es.

Otra vez el hombre de la recepción.

¿Y ahora qué? ¿Otro telefonema, algún cambio de planes urgente? A regañadientes se levanta, pide que espere, se arregla vanamente el cabello y abre la puerta.

Lo que sucede a continuación es absolutamente impensable: un soldado británico y una mujer lo encañonan, le gritan en alemán que vaya a sentarse a una silla y que no intente gritar ni oponga resistencia si no quiere morir al instante, como un marrano; así le dicen, «como un marrano». Él obedece en el acto, pero como quien asiste a una pesadilla de la que tarde o temprano habrá de despertar.

Ella lleva un arma pequeña, pero él ha sacado una Luger P08 con un silenciador montado, como no había visto en años; una pistola pesada pero eficaz, la llamada Parabellum por el lema latino *Si vis pacem, para bellum*: «Si quieres la paz prepárate para la guerra», recordó Kaufmann absurdamente. Pensar en la pistola con la que van a matarte, qué paradójico. Siente que sus minutos están contados. ¿Qué pueden querer de él ahora? ¿Quiénes los mandan, si acaso han sido enviados hasta allí?

La mujer baja su arma y se pone a revisar entre los papeles mientras el soldado lo encañona en la sien.

—¿Así que pensabas irte, herr Kaufmann? ¿O cómo he de llamarte ahora, Daniel Leibowitz, como dice este pasaporte? ¿Dónde has conseguido estos papeles falsos, *Gruppenführer*? ¿De tu amigo el sacerdote?

Ahora sabe que sí lo han estado siguiendo, como intuyó por la mañana. Alcanza a decir que no sabe de qué están hablando: él es, efectivamente, un empleado de correos. Responde a ese nombre, ese es su apellido.

—¿Y por qué te escondes entonces en esta madriguera? ¿Y estos boletos de tren?

—Pienso irme de Múnich muy pronto. Alcanzaré a un hermano en Argentina; posee una gran estancia allá y requiere brazos fuertes para trabajar el campo.

Entonces, un poco harto, el soldado es quien toma la palabra.

—Deja de mentir, no tenemos tiempo para eso ahora. Eres Heinrich Kaufmann, *Gruppenführer* de las SS. Se te acusa por tu papel en el campo de concentración de Dachau, en particular por las muertes de las siguientes personas bajo las órdenes de Hans Loritz y Alex Piorkowski; después de 1942 estuviste a cargo de la Barraca X, el nuevo crematorio.

Saca una hoja de papel y procede a la lectura de los nombres, que abrevia después de cinco largos minutos que podrían haber sido un siglo.

El hombre interrumpe:

—Está bien, lleguemos a un arreglo: déjenme ir y llévense el dinero, les hará más falta para su empresa. Sepárenme de su lista, déjenme vivir y me iré de aquí como si hubiese muerto. Y ustedes tendrán dinero suficiente.

Zofia Nowak se encoleriza:

—¿Crees que conservar la vida te hará menos asesino, por quiénes nos tomas? Demasiado esfuerzo por construir tu destino. Eres un cobarde, Kaufmann. Esperaba un poco de hombría en ti.

Shlomo finaliza con tres nombres:

—Micha Reisel, Rena Sonshine, Sami Staroswieki.

Es su pequeña alteración del plan. A esos tres últimos él los conoció bien, fueron sus compañeros de internado. Presenció sus ejecuciones arbitrarias: a los tres los mató directamente la pistola de Kaufmann.

—Yo también estuve allí, herr Kaufmann. Me salvó un campo de trabajo forzado, de lo contrario, hubiese sido un nombre más en esta lista que no te dice nada; un *Musselmann* cuando mucho, como llamabas a esos pobres diablos que habían perdido toda esperanza en la vida. Tú me escogiste, primero como parte de un infernal *Sonderkommando* que retiraba los cuerpos de los muertos, de los míos, y luego para irme de Dachau. Te agradezco el gesto, pero no puedo evitar, en el nombre del pueblo judío, condenarte a muerte.

El disparo salió de la Luger y atravesó la cabeza de Kaufmann salpicando de sangre a Zofia; el cuerpo del hombre resbaló de la silla produciendo un ruido sordo. Quitándose la sangre del rostro con el dorso de la mano enguantada retiró del escritorio todos los papeles del hombre mientras Shlomo se llevaba la valija llena de dinero, oculto entre la ropa. Ya en su habitación habría de limpiarse, no saldrían a toda velocidad del hotel aunque tampoco se quedarían el resto de la noche; solo el tiempo necesario para que todo pareciese la aventura erótica de otro soldado en una destruida Múnich en la que ya nada tenía valor, donde lo que menos importaba era la vida.

Solo se necesita un instante para atravesar el veloz río de la muerte.